

Carlos Liscano

Ni por cien millones

Mujer de alrededor de treinta años.

¿Viste lo que son los tipos?... ¿Te fijaste cómo son esos imbéciles?... Hay uno que te interesa, uno entre miles. Ese, justamente ese, es el que nunca te mira, y si te mira no te ve. Y un día, así por casualidad, lo encontrás. No lo podés creer, ¿me mira a mí? ¿Me mira y se sonríe? Entonces, lo primero es ver quién le anda alrededor... Nadie, ni una mujer. Está solo. No podés creerlo. Es él y está solo. Porque vos sabés que los que te interesan siempre están acompañados, casados, con tres hijos del segundo matrimonio. O creés que te mira a vos y es a otra, una tarada que está atrás. Pero no, este no. Empezás a buscarlo. Enseguida pensás ¿qué tengo puesto? ¿Estoy bien así? ¿Estoy depilada? ¡No, horror! Por qué no me habré depilado. Una no se puede dejar estar en eso. Ahora me agarra peluda.

(Pausa.)

Pero no podés renunciar, echarte atrás por no estar depilada. Ahora o nunca. Depilada o no hay que dar la lucha, es tu oportunidad, la única. En caso de urgencia tratá de que no haya luz, que no te vea. Si se da el caso, que no te toque las piernas. Pero no hay por qué llegar a tanto hoy, así, de primera. Ya te estás adelantando, despacio. Hacerse un poco la interesante. Igual, cuidar las piernas, nada de manos por allá.

(Pausa)

Lo mirás, te le acercás, te le ponés al lado, te hacés la linda, la ingenua, la inteligente. Sacás todos los recursos. Hacés un girito así, el pelo al aire, la cadera salida. Cuando lo tenés al lado le preguntás cualquier bobada. Es atento, simpático. Te parece que sí, que lo tenés. Te interesás por lo que hace. El tipo nada, no avanza, pero tampoco se espanta. Hacés otro esfuerquito. Sacás todo lo que tenés, una hora, dos horas. Se te va la noche. Ya no sabés qué hacer, el tipo se te va a ir. Intentás lo último.

—Mirame, papito, ¿no ves lo que te perdés?

Antes de que se te vaya te le regalás, le das el teléfono.

—Llamame cuando tengas tiempo y charlamos. Este sábado no tengo nada que hacer.

(Pausa)

El estúpido no te llama nunca. Después viene cualquier baboso, que son casi todos, uno de esos que te dice todo lo interesante que es, un campeón de la computadora, las maravillas que ha hecho en su vida, los planes fabulosos que tiene para el futuro. A ese no te lo podés sacar de encima, y el otro no se entera de que existís. ¿Por qué esta injusticia? ¿Por qué a una no se le acercan solo los interesantes, los que una quisiera tener en casa para toda la vida, o por lo menos por unos días?

(Pausa.)

Dejé a mi marido, que se enamoró de un fenómeno llamado Julia. Julia, algo nunca visto, una joya en todos los sentidos. Teníamos líos. Líos, líos, líos interminables. Semanas, meses. Discusiones por nada, por qué me interrumpís cada vez que estoy hablando o por ¿quién no apagó la luz del baño? Al final la causa de las discusiones tenía nombre: se llamaba Julia. Bien, se fue. Se fue con un estilo clásico, el que me habían contado todas mis amigas separadas.

(Imita al marido.)

—Yo te paso lo que sea para vos y para el niño; me lo llevo los viernes y pasa el fin de semana conmigo. No quiero que a ustedes les falte nada.

(Pausa.)

Así, todo lo conocido, todas las promesas del mundo. Un clásico, mi ex.

(Pausa.)

—Sí, mejor nos separamos.

(Pausa.)

De pasarme plata creo que se olvidó al mes. Prometió llevarse al niño los viernes, pero no dijo de qué año. No importa, decidí quedarme sola, recuperar mi libertad. Ser yo misma por una vez en la vida.

(Pausa.)

Me di cuenta de que nunca había vivido sola. Salí de casa de mis padres para casarme. Cambié un hombre por otro, un padre por un marido. Encima me conseguí un jefe que no era ni padre ni marido pero quería ser las dos cosas.

(Pausa.)

Bueno, me separé. Mejor dicho: él se fue con la famosa Julia y enseguida dejé también a mi jefe. Cambié la oficina y volví a los dieciocho años, volví a trabajar en un restaurante, que fue por donde empecé. Y además me juré que nada de hombres por lo menos por tres años.

(Pausa.)

Primero me dije cinco. Después cuatro. Después bajé a tres, que me pareció un número razonable. Tres años sin hombre no iba a ser problemas. Era un plan. Pensé que me iba a durar. Una se retira del mercado, digamos. Pasa el tiempo, pasa, pasa. Una se compra una ropa, algo lindo, algo caro. Me hice un tatuaje. Sí, un tatuaje. Ya habían pasado como seis meses. Un día me dije, ¿por qué no? Aquí. Una mariposa.

(Se toca por encima del coxis.) No está mal.

(Pausa.)

Me anoté en un curso de teatro. Porque antes de casarme hacía un curso de teatro. Enseguida quedé embarazada y lo dejé. Después tenía al niño, había engordado. Trabajaba, atendía la casa, no tenía tiempo para nada. Supongo que en ese tiempo ya apareció la joyita de Julia. Yo me enteré como tres años después. Claro, yo gorda y con el niño. ¿Y Julita qué hace?... Teatro. Claro, ella no tiene hijos, no está gorda, tiene todo el tiempo del mundo. No la acuso de nada. Que lo tenga cien años con ella.

(Pausa.)

Tres años. Eso me dije. Pero una no es de piedra, tiene ojos, mira. Aunque sea sin intención una igual mira. Yo no buscaba nada, pero miraba. Al restaurante iba todos los mediodías a comer un león que me mataba. O no me mataba, y ese era mi problema, porque en el fondo yo no quería otra cosa que entregármelo para que me comiera, que me hiciera algo bestial y sangriento. Pero nunca le decía nada porque estábamos dentro de los tres años establecidos. Era así, alto, siempre de traje, pero

como que no le interesara, desarreglado, perfecto pero desalineado. No usaba corbata, el pelo cortito, un poquito de canas así, pero no viejo. La voz un poco ronca. Lo atendía solamente yo. No dejaba que nadie se me le acercara. Llegaba y le llevaba el menú. Lo saludaba, me contestaba apenas. Tenía ganas de decirle:

—Papi, soy tu comida, ¿me ves? Poneme sal, pimienta, lo que quieras, pero comeme. Pero no le decía nada, por lo de los tres años. Él ni siquiera se enteraba de que yo lo miraba. Llegaba, se sentaba, abría el diario o la agenda o se ponía a hablar por teléfono. No me veía. Me miraba, pero me daba cuenta de que no me veía. Yo daba vueltas, le preguntaba: ¿La carne está a punto? Él en otra cosa, en otro mundo, nunca en el mío. Yo me decía que seguro que en la casa la mujer le tiraba la comida en la mesa y no le preguntaba nada de sus cosas, le hacía reproches, le contaba solo problemas. Una bruja. Y a mí él ni me veía ni me oía.

(Pausa.)

¿No es injusto? Me daban ganas de agarrarlo de la solapa y decirle:

—A mí, mirame a mí, a mamá que te atiende como no lo hace esa que tenés en casa. Pero a mí él no me importaba porque yo seguía dentro de los tres años de cero hombres. Por eso todo era un poquito de juego. Jugaba a ver cómo me salía, pero sin intención. A menos que se diera algo... Pero no se iba a dar, yo sabía bien que aquello no era para mí. Si se daba, bueno, entonces sí. Pero nunca se dio.

(Pausa.)

Tenía tres años para pensar. Me hice el tatuaje, me anoté en el curso de teatro, me fui de vacaciones al campo sola con el niño. Tres años a cal y canto, todo cerrado por todos lados. Ya habían pasado como diez meses. Me parecía una maravilla. Pero una noche, la semana pasada, me dije ¿por qué no? ¿Por qué no probar, ver cómo están las cosas por ahí afuera?

(Pausa.)

Estuve planeándolo durante días. Iba a ser el sábado después del trabajo. Dejé al niño con mi madre hasta el domingo de noche. Por las dudas, aunque hubiera sido

suficiente con dejarlo hasta el domingo al mediodía. Pero me dije, ¿y si se da, si se da completo, todo el domingo incluido?

(Pausa.)

Era una exageración, pero igual le dije a mi madre que me lo cuidara hasta la noche... ¿Y el padre?... Ah, bien gracias. En teoría se lo lleva todos los viernes. En la realidad viene cuando quiere, en vez de un viernes pasa a buscarlo el sábado. O viene a buscarlo el viernes, pero el sábado a las diez de la mañana tiene algo importantísimo que hacer y me lo devuelve. Dejé de interesarme por lo que haga el padre. Yo hago mis planes sin él, que se ocupa del hijo cuando le sobra tiempo. Si necesito salir le pido a mi madre que me lo cuide.

(Pausa.)

Sábado de noche. Salgo del restaurante y me voy a bailar. Ése era el plan. Estaba que no podía más de cansancio, pero quería probar. Terminó de trabajar. Me lavo en el restaurante porque ni soñar con volver a casa a esa hora. Si vuelvo a casa me desplomo en la cama. Me cambio, me pongo bombacha limpia, la camisa de seda negra, perfume. Todo.

(Pausa.)

Un boliche cualquiera. Había una banda. Yo había conocido la banda cuando todavía no me había casado. La había seguido durante meses. No por la banda, sino por el saxofonista. Es una bestia, el pelo largo, un poco descuidado, flaquito. Ahora volví a encontrarlo. Juro que no fui a ese boliche porque tocara él. Yo ni sabía quién tocaba. Fui a cualquier sitio, el primero que encontré. Me gustó y me quedé.

(Pausa.)

Estaba reventada de cansancio, pero hacía años que no salía a escuchar música, ni sola ni acompañada. Eso me daba ánimo, me quitaba veinte kilos de cansancio. Salgo del trabajo con todo. Esta noche sí, me digo, esta noche o nunca. Entro al boliche, me pido un agua mineral. Nada de alcohol. Por lo menos nada de alcohol por ahora. Si no, me duermo.

(Pausa.)

Estoy allí, mirando, tratando de recordar cómo eran las cosas cuando una iba a un lugar así. De repente entra él con el saxo abajo del brazo. Es él, el mismo de hace años. Lo veo y no lo puedo creer. ¡Volver a encontrarlo! ¡Y justo esta noche! Le dije mentalmente:

—Esta noche te venís conmigo.

Me olvidé de los tres años de rigor. Así, de golpe, lo pensé sin querer. Con los tres años se me fue también el resto de cansancio que me quedaba. Después él empieza a tocar. Me paso todo el rato mirándolo, le busco los ojos. Quiero que se dé cuenta de que yo estoy ahí.

(Pausa.)

Sabés cómo es eso. Hay penumbra, se ve mal, pero una piensa que si mira fijo, él se tiene que dar cuenta. De repente me parece que sí. Él está todo el tiempo con los ojos cerrados, toca así. *(Lo imita.)* Pero en un momento abre los ojitos, un poco así, entrecerrados, y me mira por entre las pestañas. A mí me parece que es a mí, pero por las dudas miro para el costado. Una nunca sabe. Te parece que te están mirando y es a la de atrás, la tarada que siempre está atrás. Hay que fijarse. Yo miraba para atrás, para el costado, para arriba, para abajo. No había ninguna que valiera nada. Entonces, cuando él abría los ojitos era a mí, ¡me miraba a mí!

(Pausa.)

Él toca media hora y se va. Después vuelve a tocar otra media hora. Yo espero, espero, espero. Eran cerca de las tres. Termina el último toque. Lo veo un poquito cansado, un poquito traspirado, pero divino. Me imagino el olorcito que tiene. Está un rato en el camarín, o no sé dónde. Cuando sale tiene el pelo mojado. Camina directo a la barra y yo salgo corriendo. Me le voy a poner al lado. No voy a permitir que nadie se le acerque. Empujo, meto codo. Le veo la espalda, lo tengo a medio metro, a veinte centímetros. Llegamos. Él pide no sé qué, no puedo oír. Me interesa saber qué toma, qué le gusta. Yo voy a pedir lo mismo. Esperaré a que le sirvan.

(Pausa.)

En eso siento un codo en la espalda. Hay codos y codos, ¿viste?... Enseguida me doy cuenta de que ese no es un codo cualquiera. Intuyo que todo se me termina. No quiero darme vuelta, no quiero saber de quién es el codo. Pero el codo me perfora la espalda. No aguanto más. Me voy vuelta, ¿y qué veo? Una mina, una estúpida. Esa es la dueña del codo. Una gorda teñida, la cara así, como llovida, pintada que no puede más. Pienso un segundo en dar la lucha. ¿Pero qué veo? La teñida tiene el saxo, lo abraza entre las tetas. ¡Todo perdido! Contra esa ventaja no hay lucha que yo pueda dar. Ya me ganó. Me ganó por muerte. Porque ella tiene el saxo y yo no tengo nada. ¿Qué puedo hacer? ¿Agarrarla de los pelos y quitarle el saxo? ¡Una mina de minifalda roja! ¡Como treinta y cinco años y minifalda! ¡Unos zapatos con hebilla!

(Pausa.)

La mina me mira como si lo tuviera a él aquí. *(Se señala el pecho.)* Igual la miro toda antes de apartarme, y al final a los ojos. ¿Qué te creés que sos, la reina de la noche?

(Pausa.)

Me voy a la otra punta de la barra. Los observo. Quizá ella se vaya, o él la aparte. Pasan diez minutos, un cuarto de hora, media hora. ¡Qué se va a ir! La gorda es una garrapata, no se le desprende ni un centímetro. Te aclaro que yo haría lo mismo. Si yo tengo el saxo a él no me lo quitan ni con una grúa.

(Pausa.)

Pasa un rato. No hay nada que hacer, me digo. Perdí, perdí. ¿Qué me voy a quedar a hacer? Decido irme. Hay que saber perder, me digo. Pero yo no quiero perder, ni quiero saber perder. Y mucho menos con ésa. Así salgo a la calle. De golpe se me viene todo el cansancio encima. Me había olvidado del cansancio y ahora lo tengo otra vez todo en el cuerpo. Me voy a tomar el ómnibus. Estaba reventada, no aguantaba más. Era un estúpido, ¿cómo podía estar con esa chirusa?... Voy pateando una lata por la vereda. La reviento contra la pared. Unos tipos que pasan en un auto me gritan. Llego a la parada. El ómnibus a esa hora pasa cada tres días. Me siento en un muro. Al rato aparece un tipo. Viene caminando, parece que va a seguir de largo. Un tipo así, que no te inspira nada. ¿Cómo decirte? Un profesor de matemáticas,

¿viste? Ni fu ni fa. Un tipo al que no ves, que no te provoca ninguna fantasía de nada, como si fuera tu tío viejo. No es viejo, pero tiene el estilo. Unos años más que yo, cinco, seis. Uno de esos tipos que no te lo imaginás en la cama ni en la playa ni en ninguna situación. Bueno, un tipo así. Cuando llega me mira y se queda como para esperar el ómnibus. Me mira de reojo y enseguida me doy cuenta. Este imbécil se va a meter conmigo, me digo. No pasan dos minutos antes de comprobarlo. Estamos así, como si no nos hubiéramos visto. De repente el tipo se acerca, me dice algo. No le entiendo. No estoy dispuesta a aguantar nada de nadie. Para que le entre en la cabeza lo miro a la cara y le hablo fuerte:

—¿Qué dijiste?

Hace como si fuera a preguntarme la hora, o si pasó el ómnibus, cualquier cosa sin importancia.

—Dije si cogemos por un cien.

Yo lo miro y me parece que no entiendo.

—¿Qué dijiste?

—Por un cien, una cogida corta.

No puedo creer lo que oigo. Es lo que me faltaba para terminar la noche. Me da una bronca inmensa, una bronca que no me cabe en el cuerpo. Me dan ganas de apuñalarlo. Por él, por el imbécil del saxofón que se fue con la gorda teñida, por todas las veces que un tipo no te da pelota, por la vida, por la injusticia. No sé, pensé que si tuviera un cuchillo se lo clavaría en el pecho. Y le pondría un cartel encima: Contra los hombres estúpidos, que son casi todos.

(Pausa.)

El tipo me mira. Yo lo miro. No puedo matarlo. No tengo cuchillo, y si lo mato seguro que él no va a entender por qué. Nadie va a entender. Entonces se me ocurre algo. Vas a ver, me digo, vas a ver quién soy yo, lo que pienso de los cogedores callejeros como vos. Lo miro a los ojos.

—Por un cien, no. Pero si vas a casa ahora, me limpiás la cocina, lavás los pisos, me planchás la ropa y me lavás los vidrios, cuando termines te regalo una cogida.

El tipo me mira un poquito, así, como triste. ¿Y podrás creer lo que hace el hijo de puta?

—No, tanto no pago.

Me dice eso y se da vuelta y se va. Yo me quedo así, congelada. Cuando lo veo del otro lado de la calle reacciono:

—Maricón, hijo de puta.

Se queda mirándome. Se para del otro lado de la calle y me mira. Así, con las manos en los bolsillos. Me mira como si yo tuviera la culpa de algo, como si no entendiera por qué me niego a acostarme con él. Entonces no lo aguanto más. Cruzo al otro lado corriendo.

—¿Qué fue lo que dijiste, reputazo, chupa pija? ¿Por qué no le ofrecés un cien a tu madre, eh?

Le veo en la cara que tiene miedo, que no sabe qué decir. Entonces me da más bronca todavía.

—¿Sabés por qué no me acuesto contigo? No me acuesto porque vos no sos un hombre, vos no tenés con qué cogerme.

Yo espero que me responda, que me diga algo. Pero se queda así, como un niño al que le quitan un juguete y no sabe por qué. Entonces no lo aguanto más. Le doy una patada en los huevos. (*Actúa la pelea.*)

—Hijo de puta, peleá. Peleá, dale, si es que sos tan hombre como para cogerme por un cien.

Le estoy dando patadas y alguien me agarra del brazo. Lo aparto de un empujón y le voy a dar otra vez al tipo. Entonces me agarran con fuerza y casi me caigo.

(*Pausa.*)

Me doy vuelta y es la policía. Ah, esto sí que no. Entonces empiezo a darle a los milicos. Les doy patadas, les doy con los puños. Se baja una milica del auto.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—¿Sabés qué pasa? ¿Sabés qué? Vos tenés que entenderlo y no estos que están contigo. Estos no entienden porque seguro que son tan hijos de puta como ese otro.

Ese que está ahí me quiere coger por un cien. ¿Qué te parece? ¿Te recuerda algo, algo que te haya pasado alguna vez? ¿Qué harías vos si un tipo te quiere coger por cien pesos?

Me di vuelta y lo escupí en el suelo.

—Contigo ni por cien millones.

Casi le grito:

—Ni por cien millones ni nunca más, nunca más con ningún tipo por el resto de mi vida.

Pero enseguida veo que es demasiado. No para él. Para ese infeliz todo es poco. Es demasiado para mí. Porque una tiene derecho. ¿Por qué voy a renunciar yo para toda la vida? ¿Por ese imbécil?

(Pausa.)

No, por más imbéciles que sean todos una no renuncia para toda la vida. Porque igual va y aparece uno que vale la pena, aunque no sea el del saxofón. Uno cualquiera. ¿Quién te dice?

Al tipo se lo llevaron al hospital. A mí a la comisaría. Pero no me arrepiento.

(Pausa.)

No, en realidad no fue así. No lo insulté ni le pegué ni vino la policía. Pero lo pensé. Pensé en matarlo. Si hubiera podido contrataba a alguien para que lo matara. Que le pusiera un cartel encima: Muerto por imbécil.